

II. DIAS DE ESCUELA.

Georg Groddeck tenía nueve años cuando lo inscribieron en la escuela para niños del Dr. Raabe. Por primera vez se separaba de su hermana. Le resultó extraño, pero fue una emancipación. Sus hermanos estaban todos en Pforte. Ya no era el hazmerreír de nadie. Empezó a aprender. Durante tres años ocupó el primer lugar de su clase en la escuela del Dr. Raabe. Luego se enteró de que iban a mandarlo al internado.

Pforte no estaba lejos, sólo a media hora de distancia de Kösen. Él ya sabía algo del colegio: los libros del abuelo Koberstein estaban en la biblioteca, había vacaciones en Pascua de Resurrección y en Navidad; la comida era mala, los castigos eran severos. Siempre había sabido que algún día lo mandarían a Pforte, pero cuando se empezó a hablar de su partida, esto lo tomó por sorpresa. Creyó que le costaba trabajo dejar a su madre. A veces ella era cruel, especialmente para con su padre, pero también podía ser amable y cariñosa, como cuando había dejado que Georg se bañara con ella.

Viendo las cosas retrospectivamente, como adulto, Groddeck dijo: “Yo fui un ‘niño de mamá’, un polluelo mimado y la separación de mi madre cuando fui a la escuela me produjo verdadero sufrimiento.” No hay duda acerca de su sufrimiento, pero no había sido un “polluelo mimado”. Su madre demostró, una y otra vez, que si tenía algún favorito, éste era Karl, el hijo mayor. “Bummi”, como le decían, estudiaba filología.

Cuando Pforte se convirtió en algo inevitable para el futuro inmediato, Georg se había olvidado del episodio de la tos para imponerse a los adultos; había olvidado, al menos por un tiempo, su temprana lección sobre la fuerza de la debilidad. No obstante, se sentía enfermo. Era una enfermedad “real”; es decir, había síntomas y signos, además de las quejas subjetivas. La causa no pudo determinarse y el diagnóstico permaneció indefinido, pero los médicos lo llamaron “fiebre nerviosa”, y le prescribieron un descanso encamado, purgas y una ligera dieta. Durante varias semanas permaneció en cama con fiebre alta, dolor de cabeza y un continuo sopor. Al mismo tiempo, su cara estaba tan amarillenta y tiñosa que su madre apenas resistía su vista.

A pesar de todas sus dolencias salió hacia Pforte en la fecha prevista, todavía débil y fácil de fatigar, pero lo bastante curado para abandonar el hogar.

Pforte resultó todo lo que había temido. La escuela había sido un monasterio en el siglo XII. Rodeada por altos muros de piedra, era una fortaleza y una prisión. Salvo por dos horas los domingos, las puertas se mantenían cerradas y ni aun los domingos se le permitía a nadie salir de aquellos muros, si no había pasado toda una semana sin reprimendas.

El joven Groddeck fue un pecador desde el principio. Parecía no poder dejar de hacer, lo que estaba prohibido. Aquella sensación de estar preso le era casi insoportable. Estaba entre los estudiantes más jóvenes; tenía un aspecto peculiar, con ojos intensos y orejas demasiado grandes; y, por encima de todo, tenía el hábito crónico de mojar la cama. Al principio rompió las reglas en forma desafiante, con el resultado de que al punto perdió los privilegios de los domingos. Después cometió otros “crímenes”: jugó a las cartas, hizo té, trepó por los muros y fumó. Lo azotaron. Cuando no se consideraron suficientes sus esfuerzos, lo encerraron en una pequeña celda. Se pasó tantas horas en este aislamiento que se ganó el título de “Rey de la Cárcel”. Después de ser un magnífico estudiante durante años, se convirtió en un estudiante mediocre, al que reñían por pereza, por estar mal preparado, por bostezar y adormilarse en clase. Sus maestros hicieron que lo examinara el médico de la escuela para ver si había alguna base física de su insolencia y pereza. El médico no encontró nada malo, pero sorprendió a los profesores al decir que el muchacho parecía necesitar más descanso que la mayoría de la gente.

La sentencia en Pforte -seis años- resultaba aliviada por los días de fiesta y las largas vacaciones de verano. En la casa, el muchacho no era perezoso ni somnoliento. Casi nunca estaba solo, no buscaba la soledad, aceptaba todo sin reservas y casi nunca daba muestras de algo que pareciera desagradable. Las vacaciones de la escuela eran interludios de felicidad en medio de una tristeza casi invariable. Le parecía que no aprendía absolutamente nada en la escuela: “En Pforte ninguno de los maestros supo entenderme...”. Sólo tenía un amigo, un muchacho tranquilo que lo trataba amablemente y con el que tomaba cerveza en raras ocasiones, al salir de la escuela.

En el verano de sus catorce años, su hermana Lina fue confirmada en la Iglesia Protestante. Lina, en lo que pudo haber sido una esperanza de complacer a su madre, pasó por un acceso de fervor religioso durante la preparación para su confirmación. Todas las mañanas, mientras la madre cepillaba y trenzaba el cabello de su hija, la muchacha leía en voz alta la Biblia. A Caroline le parecía que esa actitud era aburrida y tonta.

El día de la confirmación, justamente después de que Lina salió hacia la iglesia, Caroline dijo a los demás que no debían asistir. No dio explicaciones y el menor de sus hijos la conocía demasiado bien para interrogarla. Se pasó la mañana sentado en el borde de una zanja, golpeando las hojas y las ramas con un bastón que su padre le había hecho con la rama de un olivo. Los muchachos mayores también tenían bastones, y el suyo era el más chico. De repente se sintió irritado por su pequeñez. Cuando volvió a su casa se dio cuenta de que había perdido su bastón, y, aunque volvió sobre sus pasos, y recorrió la zanja, nunca lo encontró. Volvió a la escuela sin él.

El regreso en ese otoño fue particularmente difícil, sin que él pudiera determinar la razón. La estancia en su casa no había sido tan feliz como de costumbre. El comportamiento de su madre para con Lina era perturbador y su padre parecía menos accesible. En la escuela, las cosas no eran peores que de costumbre. Lo encerraban, lo regañaban, lo azotaban y se sentía solo; pero, cuando menos, ya no mojaba la cama.

Un año después, en 1881, encontró en su casa que todo había cambiado mucho, pero en su alegría por verse libre, apenas le importó. Oyó que sus padres hablaban entre sí seriamente y se enteró de lo que pasaba, pero nada de eso tenía que ver con él.

Su padre había invertido mucho en una aventura de construcción con dos personas, una de las cuales era su amigo, el mismo George Marchand por el que le habían puesto ese nombre a Georg. El otro era un coronel retirado, del que Karl sabía poco. Marchand era conocedor en el negocio de contratación y se había mostrado capaz y enérgico, cuando, de repente enfermó. Su muerte ocurrió en pocas horas. No había alterado su testamento en muchos años, de modo que no había allí ninguna disposición para continuar la construcción y sus herederos no quisieron saber nada de eso. Entonces desapareció el coronel, y con él todo el dinero que Karl había invertido con Marchand.

Al punto surgió una multitud de gente a la que supuestamente los tres debían dinero, y todas las demandas se le hacían a Karl. Terratenientes, obreros, oportunistas... todo el mundo quería algo. Karl fue citado a más de veinte juicios distintos.

Caroline cumplió con su deber, aunque con desgano. Despidió a su servidumbre y sufrió silenciosamente la humillación de hacer su propio trabajo doméstico. Al cabo de varios meses de litigio, Karl se encontró temporalmente liberado de toda obligación, pero su clientela había sido descuidada y él estaba verdaderamente agotado. “Lo que era aun peor”, escribió su hijo, “mis padres quedaron totalmente arruinados: todo lo que les pertenecía, incluyendo la casa en la que todos habíamos nacido y nos habíamos criado, tuvo que caer bajo el golpe del martillo, y nuestra orgullosa posición se perdió para siempre”.

La última esperanza, que el padre de Karl les dejara algo, quedó destruida cuando el anciano murió y legó todo a su segunda esposa. Aun entonces, había una remota posibilidad de que la viuda ayudara a los Groddeck; desgraciadamente, la dama, mal aconsejada, perdió toda su herencia en una especulación. Perdida la casa y la clientela, la familia se trasladó a Berlín, donde habían prometido a Karl un empleo como médico forense.

En los meses difíciles, Georg Groddeck no se sintió muy afectado. Tenía plena fe en que su padre se

las arreglaría de alguna manera. Tenía confianza en que Karl tendría inmediatamente una clientela fija en Berlín, incluyendo una paciente a la que podría llamar *Cauchemar* (pesadilla), como a la señora de Kösen que siempre mandaba dulces a los niños. En realidad, esperaba el cambio de residencia como una manera interesante de pasar las vacaciones de verano.

Retrospectivamente, recordó más cosas de esos años. Hablaba de una fotografía en la que tenía parecido consigo mismo, en contraste con casi todas las demás, y observaba:

De acuerdo con mi propio juicio y el juicio de los que me tienen afecto, existen pocas fotografías que muestren la verdadera expresión de mi naturaleza. Una es una fotografía de los hermanos y la hermana. Era entonces un niño de diez años, parado muy derecho, inclinando un poco la cabeza hacia delante. La triste mirada soñadora se pierde en la lejanía. La fotografía fue tomada como sorpresa para mi madre en su cumpleaños (el 12 de julio de 1877). En ese momento sabíamos o teníamos el presentimiento de que nuestra casa familiar se perdería... considero sincera la expresión soñadora-triste, en contraste con la de otras fotografías semejantes... Entre los 10 y los 16 años, mis parientes me recibían siempre con la exclamación: "Miren, ¡ya viene el soñador!" Solo conservo unos cuantos recuerdos de este periodo de represión que terminó en una grave escarlatina.

A los 16 años, las vacaciones de verano las pasó en cama, enfermo. La escarlatina prometía evitar su vuelta a la escuela. Permaneció en cama durante varias semanas, especialmente porque se complicó con una enfermedad del riñón, pero se curó a tiempo para regresar a la escuela. Le advirtieron que no debía practicar ninguna actividad física violenta. Aquello no significaba nada difícil de cumplir. Georg era cada vez más pensativo y solitario.

II. "Días de escuela", pp. 20-23, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck

Volver a News 5-ex-59